

fresca que quedaba en nuestras jarras de los pozos de Salomon.-- Desde que se pasa la llanura de Tiro y las últimas vertientes de las montañas, el agua empieza a escasear; las fuentes están a cinco ó seis horas de distancia unas de otras, y muchas veces, cuando se llega a ellas, no se halla, en el cauce del manantial, mas que un légamo seco y ardiente que conserva la estampa de las pisadas de los camellos y de las cabras que se han abrevado en él últimamente.

El 11 levantamos las tiendas al resplandor de mil estrellas que se reflejaban en las olas estendidas a nuestros piés; bajamos por espacio de una hora las últimas colinas que forman el cabo Blanco ó Bar-el-Abiad; y entramos en la llanura de Acre, la antigua Tolemaida.

El sitio de Acre, por Ibrahim-bajá, habia reducido recientemente la ciudad á un monton de escombros, bajo los cuales de diez á doce mil muertos estaban enterrados con millares de camellos. Ibrahim, vencedor, é impaciente por poner su importante conquista á cubierto de una reaccion de la fortuna, se ocupaba en levantar los muros y la ciudad de Acre:—todos los dias se desenterraban de entre aquellos escombros centenares de muertos medio consumidos; las eshalaciones pútridas, los cadáveres apiñados, habian corrompido el aire de toda la llanura, pasamos lo mas léjos posible de

aquellas ruinas, y fuimos á hacer alto á medio dia, en la aldea árabe de las aguas de Acre, bajo un huerto de granados, higueras y moreras, y cerca de los molinos del Bajá; á las cinco nos volvimos á poner en camino para ir á acamparnos en un bosque de olivos, en las cimas de las primeras colinas de Galilea.

El 12 proseguimos nuestro viage al primer albor del dia; cruzamos primero una colina plantada de olivos y de encinas, derramadas en grupos y podadas por el diente roedor de las cabras y de los camellos. Cuando llegamos a la espalda de aquella colina, la Tierra Santa, la tierra de Canaan, apareció toda entera delante de nosotros: la impresion fué grande, agradable y profunda; no era lo que veíamos esa tierra pelada, pedregosa, estéril, esa colmena de montes bajos y descarnados que nos pintan como la tierra de promision sobre la palabra de algunos escritores preocupados ó de algunos viajeros impacientes por llegar y escribir, que no han visto, de los inmensos y variados dominios de las doce tribus, mas que el sendero de roca que conduce, de sol a sol, de Jafá a Jerusalem;—engañado por ellos, yo no esperaba mas que lo que describen, es decir, un pais sin estension, sin horizonte, sin valles, sin llanuras, sin árboles y sin agua;—tierra combada por algunos cerros grises ó blancos donde el árabe ladron se escoude en la sombra de algunas barrancas para despojar al

pasajero; — tal es, acaso, el camino de Jerusalem á Jafa; — pero he aquí la Judea, tal cual la hemos visto, el primer día, desde lo alto de las colinas que limitan la llanura de Tolemaida; tal cual luego la hemos hallado del otro lado de las colinas de Zabulon, de las de Nazaret, y del pié del Monte-el-Rocio-del-Hermon, ó del monte Carmelo; tal cual la hemos recorrido en toda su longitud y en toda su variedad; desde las alturas que señorean à Tiro y Sidon, hasta el lago de Tiberiades, y desde el monte Tabor hasta las montañas de Samaria y de Naplusa, y desde allí hasta las murallas de Sion.

Aquí ante todas cosas vemos la llanura de Zabulon, estamos colocados entre dos ligeras ondulaciones de tierra, dignas apenas del nombre de colinas; el hueco que dejan entre sí estendiéndose delante de nosotros, forma el sendero por donde caminamos; este sendero está trazado por las pisadas de los camellos que apelmasan su polvo hace cuatro mil años, y por los anchos y profundos agujeros que el peso de sus piés, siempre asentados en el mismo punto, ha abierto en una roca blanca y quebradiza, siempre la misma desde el cabo de Tiro hasta las arenas del desierto Líbico. A derecha é izquierda, las redondas laderas de las dos colinas están sembradas aquí y allí, de veinte en veinte pasos, por especillos de variados arbustos que nunca pierden sus hojas; à una distancia algo mayor, se alzan árboles de nudoso tronco, nervu-

idas y entrelazadas ramas, follage inmóvil y sombrío; casi todos son encinas de una especie particular, cuyo tronco es mas airoso y ligero que el de las encinas de Europa, y cuyas hojas, aterciopeladas y redondas, no tienen los diente-cillos de la hoja de la encina comun; el algarrobo, el terebinto, y mas rara vez el plátano y el sicomoro, completan la vestidura de aquellas colinas: no conozco los otros árboles por sus nombres; algunos tienen la hoja de los abetos y de los cedros; otros, y estos son los mas hermosos, parecen inmensos sauces por el color de su corteza, la gracia de su follage, el decia matiz amarillento de aquel follage; pero los esceden sobre toda proporción en estension, corpulencia y altura.—Las mas numerosas caravanas pueden encontrarse al rededor de su tronco colosal, y acamparse juntas, con sus bagajes y sus camellos, bajo su sombra; en los anchos y frecuentes espacios que dejan en claro esos diversos árboles en las faldas de las colinas, bancos de rocas blanquecinas, y mas comunmente de un color gris azulado, sajan la tierra y se muestran al sol, como los vigorosos músculos de una fuerte armazon humana, que se articulan mas salientes en la vejez, y parecen próximos à rasgar la piel que los cubre: —pero entre aquellos bancos ó aquellos pedazos de peña, una tierra negra, ligera y profunda, vegeta sin cesar y produciria continuamente trigo, cebada y maiz por poco que se le labrase, como produce

selvas de espinosos brezos, de granados silvestres, de rosas de jericó y enormes cardos cuyo tallo se eleva á la altura de la cabeza del camello. Una vez descrita una de estas colinas, el lector puede hacer cuenta que las conoce todas, salvo las formas; y la imaginacion puede presentarse su efecto, á medida que las ve citadas en el paisaje de la Tierra Santa. Caminábamos, pues, entre dos de aquellas colinas, y empezábamos á bajar ligeramente dejando el mar y la llanura de Tolemaida a nuestra espalda, cuando vimos la primera llanura de la tierra de Canaan, que era la llanura de Zabulon, el jardin de la tribu de este nombre.

A derecha é izquierda, delante de nosotros, los dos collados que acabábamos de atravesar se separaban graciosamente, formando curvas semejantes, parecidas a dos olas moribundas que se confunden suavemente y se abren con armónico movimiento delante de la proa de un buque; el espacio que dejan entre sí, y que iba ensanchándose por grados, era como una ensenada poco profunda que introducía la llanura entre las montañas; aquella ensenada ó aquel golfo de tierra lisa y fértil, formaba pronto un valle mas ancho, y en el punto donde las dos colinas que le rodeaban todavía remataban enteramente, aquel valle se perdía en un llano ligeramente ovalado, cuyas dos agudas estremidades se internaban bajo la sombra de otras dos hileras de colinas. Aquella llanura puede tener, á

lo que parece a ojo, cosa de legua y media de anchura, sobre una longitud de tres a cuatro leguas. Desde la altura en que estábamos colocados, en el desembocadero de las colinas de Acre, nuestras miradas bajaban a ella naturalmente, seguian involuntariamente sus flexibles sinuosidades, y penetraban con ella hasta en las mas angostas ensenadas que formaba, deslizándose entre las raices de las montañas que la limitan. A la izquierda, las altas cimas doradas y cinceladas del Líbano lanzaban airosa y atrevidamente sus pirámides en el sombrío azul de un cielo matinal; a la derecha, la colina en que estábamos se alzaba insensiblemente, alejándose de nosotros, y yendo como a anudarse con otros collados, formaba diversos grupos de elevaciones, unas áridas, otras cubiertas de olivos é higueras, y sosteniendo en su cima una aldea turca, cuyo blanco minarete contrastaba con la sombría columnata de cipreses que rodea casi siempre la mezquita; pero enfrente, el horizonte que limitaba la llanura de Zabulon, y que se extendía delante de nosotros en un espacio de tres a cuatro leguas, formaba una perspectiva de colinas, de montañas, de valles, de cielo, de luz, de vapores y de sombra, dispuestos con tal armonía de colores y de líneas, colocados en tan bello orden, enlazados con tan graciosa simetría, y variados por efectos tan diversos, que mi vista no acertaba a desprenderse de ellos, y que, no hallando nada en

mis recuerdos de los Alpes, de la Italia, ó de Grecia, a que poder comparar aquel mágico conjunto, exclamé: "Eso es el Puzino ó Claudio de Lorena."

Nada en efecto puede igualar la grandiosa suavidad de ese horizonte de Canaan, sino el pincel de los dos pintores á quienes el genio divino de la naturaleza reveló su hermosura. No se hallará ese concierto de lo grande y de lo bello, de lo fuerte y de lo gracioso, de lo pintoresco y de lo fértil, mas que en los países imaginados de aquellos dos grandes hombres, ó en la inimitable naturaleza del hermosísimo país que teníamos delante, y que la misma mano del Gran pintor supremo dibujo é iluminó para que fuese morada de un pueblo todavía pastor y todavía inocente. Primeramente, al pié de las montañas, y á cosa de media legua en la llanura, una loma, enteramente desprendida de todos los collados circunvecinos, salía, por decirlo así, de la tierra, como un pedestal natural, destinado únicamente por la naturaleza á sostener una ciudad fortificada. Sus laderas se alzaban casi perpendicularmente desde el nivel del llano hasta la cima de esa especie de altar de tierra; se parecían exactamente á las murallas de una plaza de guerra, trazadas y levantadas por mano de los hombres.

La misma cima, en vez de ser desigual y comba, como todas las cimas de colinas ó de montañas, estaba nivelada como para servir de asiento á

algo de que debía coronarse cuando llegase el pueblo para cuya morada estaba destinada. En todas las encantadoras llanuras del país de Canaan, he visto, luego, esas mismas lomas en forma de altares cuadrangulares ú oblongos, evidentemente destinados á proteger las primeras moradas de una nación tímida y débil, y su destino está tan bien escrito en su forma aislada y estraña, que su mole sola impide engañarse y creer que fueron fabricadas por el pueblo que las cubrió con sus ciudades. — ¿Pero una nación tan reducida hubiera podido nunca levantar tantas ciudadelas de tierra tan enormes, que las armas de Jerjes no hubieran bastado á formar una sola? A cualquiera fé á que se pertenezca, es preciso ser ciego para no reconocer un destino especial y providencial ó natural en esas fortalezas elevadas á la embocadura y en el remate de casi todas las llanuras de la Galilea y de la Judea. Detras de aquella loma, donde la imaginación reconstruye sin dificultad una ciudad antigua con sus murallas, sus basiones y sus torres, las primeras colinas subían gradualmente de la llanura ostentando, como manchas grises y negras en sus laderas, bosques de olivos ó de encinas.

Entre aquellas colinas y unas montañas más altas y sombrías á que servían de bases, y que las señoreaban magestosamente, algún torrente se derrumbaba sin duá, ó algún profundo lago se evaporaba a los primeros ardores del sol de la ma-

ñana, porque un vapor blanco y azulado se extendía en aquel espacio vacío, y velaba ligeramente, y como para hacerle parecer mas distante, el segundo término de montañas, bajo aquella trasparente cortina que rasgaban de trecho en trecho algunas madejas de rayos de la aurora. Mas léjos y mas arriba aún, una tercera cordillera de montañas, enteramente sombría, subia en grupos redondeados y desiguales, y daba a aquel suave paisaje aquella tinta de magestad, de fuerza y de gravedad que debe hallarse en todo lo que es bello como elemento ó como contraste. De distancia en distancia, aquella tercera cordillera estaba cortada, y dejaba huir el horizonte y la mirada sobre una vasta lontananza de un cielo plateado, salpicado de algunas nubecillas ligeramente rosadas; en fin, detras de aquel magnífico anfiteatro, dos ó tres cumbres del lejano Líbano se alzaban como promontorios avanzados en el cielo, y como eran las primeras que recibian la luminosa lluvia de los primeros rayos del sol suspendido encima de ellas, parecian a tal punto transparentes, que se creia ver al trasluz temblar la claridad del cielo que nos ocultaban.

Añádase á este espectáculo la serena y caliente bóveda del firmamento, y el color límpido de la luz y la firmeza de las sombras que caracteriza una atmósfera de Asia; colóquese en la llanura un kan, ó inmensas filas de vacas rjas, de camellos blancos, de cabras negras, quivan con lentos pasos a

buscar una agua rara, pero tersa y sabrosa; representémonos algunos ginetes árabes en sus ligeros corceles cruzando la llanura resplandecientes con sus armas plateadas y sus vestidos de escarlata; algunas mugeres de las aldeas vecinas vestidas con sus largas túnicas de color azul celeste, de un ancho cinturón blanco cuyas puntas les arrastran, y de un turbante azul adornado con randas de zequies de Venecia ensartados; añadamos aquí y allí en las faldas de las colinas algunas aldehuelas turcas y árabes, cuyas paredes, del color de las peñas, y las casas sin tejados, se confunden con los peñascos de la colina misma; representémonos algunas nubes de humo azulado alzándose de trecho en trecho entre los olivos y los cipreses, que rodean aquellas aldeas; algunas piedras, en forma de dornajos (sepulturas de los patriarcas), algunos pedazos de columnas de granito, algunos capiteles esculpidos al rededor de las fuentes, y tendremos la pintura mas exacta y mas fiel de la deliciosa llanura de Zabulon, de la de Nazaret, de la de Sáfara, y de la del Tabor.

Un pais como este, poblado por una nacion nueva y judia, cultivado y regado por manos inteligentes, fecundado por un sol del trópico, y que produce espontáneamente todas las plantas necesarias ó deliciosas para el hombre, desde la caña de azúcar y la banana hasta la viña y la espiga

de los climas templados, hasta el cedro y el abeto de los Alpes; un pais como este, repito, seria hoy todavía la tierra de promision, si la Providencia le volviese un pueblo y la política le permitiese gozar sosiego y libertad.

De la llanura de Zabulon pasamos, subiendo unos pequeños cerros, mas áridos que los primeros, á la aldea de Séfora, la antigua Séfora de la Escritura, la antigua diocesana de los romanos,—la ciudad mas grande de Palestina, en los tiempos de Heródes Agripa, despues de Jerusalem.

Gran número de peñones, labrados para sepulturas, nos trazaban el camino hasta la cima de la loma donde estaba asentada Séfora; llegado que hubimos á la última altura, vimos una columna de granito aislada, todavía en pié é indicando el sitio donde hubo un templo; hermosos chapiteles labrados, yacian por el suelo al pié de la columna, é inmensos pedazos de piedras talladas, sacadas de algunos grandes monumentos romanos, andaban esparcidos por todos lados, y servian de límites á los campamentos de los árabes, hasta cosa de una milla de Séfora, donde nos detuvimos para la parada de medio dia: una fuente de agua excelente é inagotable corre allí para los habitantes de dos ó tres valles, rodeada de algunos huertos de higueras y de granados; sentámonos á su sombra y aguardamos mas de una hora antes de poder abrevar nuestra caravana, tan grande era el número de reba-

ños de vacas y de camellos que llevaban á ella los pastores árabes de todos los puntos del valle:—innumerables hileras de cabras negras y de vacas surcaban la llanura y las laderas de las colinas que suben hácia Nazaret.

Tendíme, embozado en mi capa, á la sombra de una higuera, á corta distancia de la fuente, y contemplé largo rato aquella escena de los antiguos dias. Nuestros caballos andaban diseminados al rededor nuestro, sujetos los piés con dos maniotas, sus sillas turcas sobre el lomo, la crin pendiente, la cabeza baja, y buscando la sombra de su propia crin; —nuestras armas, sables, fusiles, pistolas, estaban suspendidas sobre nuestras cabezas de las ramas de los granados y de las higueras; — varios árabes beduinos, cubiertos de una sola pieza de lienzo estirado, negro y blanco, de pelo de cabra, estaban sentados en corro no léjos de nosotros y nos contemplaban con mirada de buitre. Las mugeres de Séfora, vestidas esactamente como las mugeres de Abraham y de Isaac, con una túnica azul anudada en medio del cuerpo, y con otra túnica blanca cayendo graciosamente sobre la primera, traian sobre sus cabezas, tocadas con un turbante azul, las urnas vacias tendidas, ó las llevaban llenas y derechas tambien sobre la cabeza, sosteniéndolas con ambas manos como cariátides del Acrópolis; otras muchas, en el mismo trage, lavaban en la fuente y se reian entre sí mirándonos; otras en fin, atavia-